

UNESCO Y FILAC ABREN UNA VENTANA PARA AQUILATAR LOS SABERES INDÍGENAS EN LA GESTIÓN DE RIESGOS



Taypi es una publicación que refleja las actividades de FILAC en su apoyo al autodesarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe.

Si tiene sugerencias o aportes para esta publicación, escribanos a comunicacion@filac.org

El taller global “Aplicación de los conocimientos indígenas en la prevención y gestión de riesgos ambientales” celebrado en línea el 24 de septiembre de 2021, fue una ventana para que los gobiernos incluyan la voz de los pueblos indígenas en sus políticas climáticas y sus sistemas de gestión de riesgos y desastres.

El evento fue propiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC), que trabajan hace décadas en la visibilización de estos saberes ancestrales, cuya eficacia ha sido probada en la prevención de eventos potencialmente catastróficos y en la recuperación y adaptación al cambio climático.

En el evento, representantes de los pueblos Naga de India; Miskitu de Nicaragua, Aymara de Perú, Boruca de Costa Rica y Kolla Tinkunaku de Argentina compartieron sus conocimientos para hacer frente a la deforestación, erosión y deslizamientos; a los huracanes y tormentas tropicales; a las heladas, inundaciones y sequías en las punas andinas de Bolivia, Perú y Ecuador; a la deforestación y también a los incendios forestales.

El taller global se difundió a través de la plataforma Facebook Live. Participaron en forma directa a través de Zoom 363 personas. El video alojado en la cuenta del FILAC en Facebook fue reproducido 755 veces y hasta el 20 de octubre tenía 60 vistas en la cuenta del FILAC de YouTube.

CUNNINGHAM: SABERES INDÍGENAS PUEDEN NUTRIR LOS SISTEMAS DE PREVENCIÓN ESTATALES

“Como nos dicen los ancianos en nuestra comunidad: ‘ya no podemos leer lo que dicen los pájaros, lo que dicen las hormigas’ y, como sabemos, conocimiento indígena que no se utiliza, se pierde”.

Myrna Cunningham,
presidenta del FILAC.
Foto: archivo FILAC..

La Región Autónoma del Atlántico Norte de Nicaragua es un corredor de huracanes, tormentas y otros fenómenos naturales, que coloca a sus habitantes en situación riesgo durante todo el año.

En noviembre de 2020, Centroamérica fue golpeada por el huracán Eta, de categoría cinco en la escala Saffir-Simpson, que define y clasifica la categoría de un huracán por la velocidad de los vientos del uno al cinco; menos de dos semanas después tocó tierra el ciclón Iota, de categoría cuatro. El poder destructor de ambos hizo que desaparecieran comunidades enteras del pueblo indígena Miskito. Sin embargo, no hubo un solo muerto.

La activación de los sistemas de Prevención de Desastres de Nicaragua y el de la región autónoma, permitió evacuar a los pobladores de medio centenar de comunidades en riesgo directo. “Sin embargo, también tuvo mucho que ver todo el sistema de conocimientos tradicionales que tienen estas comunidades, que les permitió prepararse y enfrentar los huracanes y, además de eso, las consecuencias y todo lo que significó comenzar a reconstruir las comunidades”. Este es el punto de partida de la exposición de Myrna Cunningham, presidenta del Consejo Directivo del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC), con la que comenzó el taller “Aplicación de los conoci-

mientos indígenas en la prevención y gestión de riesgos ambientales”.

¿Cuáles son los elementos, los indicadores que les permiten a los pueblos indígenas leer en su entorno, enfrentar este tipo de desastres?, de esto se trata el taller, dice Cunningham “Lo que se espera, no solo es revitalizar estos conocimientos, sino que puedan formar parte del Sistema de Prevención de Desastres, de cada uno de nuestros Estados”,

Los catastróficos fenómenos naturales que golpean al mundo, tienen relación con el calentamiento global y si es que no se asumen compromisos serios para cumplir con los acuerdos de París, ya no habrá retorno.

Para encarar la crisis climática, el FILAC plantea tres líneas de trabajo. Acciones concertadas entre Estados, organismos internacionales y la sociedad en su conjunto. “Solo el multilateralismo nos puede salvar en esta negociación. Ningún país por poderoso que sea, puede enfrentar de manera aislada este desafío”; ir a la raíz y enfrentar las causas que provocan esta amenaza global, es decir “cambiar el modelo productivo dominante, basado en la explotación y extracción de recursos naturales sin límites”, y construir respuestas y acciones urgentes, en este punto “es clave el lugar y el papel de los Pueblos Indígenas y sus conocimientos ancestrales”.

Estos saberes —destacó— han sido despreciados o minimizados por el modelo de colonización, pese a que su aplicación ha demostrado que son útiles en la práctica y su notable capacidad de adaptarse a los cambios y a su plena integración al ecosistema.

“Hoy, compartimos apenas algunas de las múltiples experiencias para enfrentar situaciones extremas. Como FILAC, nos satisface sumarnos a este esfuerzo de Unesco y esperamos no solo contribuir a seguir revitalizando esos conocimientos, sino, incidir para que los Estados en la región los incorporen en sus sistemas de indicadores meteorológicos y, realmente, haya un diálogo de saberes para enfrentar estas situaciones”.



BRITO: “NECESITAMOS APRENDER LOS UNOS DE LOS OTROS Y TRABAJAR JUNTOS EN LA GESTIÓN DE RIESGOS”

Los cambios en los patrones de las lluvias, vientos y en el ritmo de las estaciones, que altera las épocas en las que las plantas florecen o echan frutos, ya producen severos efectos sobre la biodiversidad, de la amazonia peruana y la alimentación y salud de los pueblos indígenas que pueblan el que fuera un santuario ecológico.

Las décadas de trabajo de la UNESCO y el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC) para incluir la voz de los pueblos indígenas en las políticas climáticas y la gestión de riesgos y desastres; comienzan en este complejo escenario a arrojar frutos.

Con el fin de identificar formas de adaptación al radical cambio de los patrones de vientos y lluvias, el Ministerio de Ambiente en Perú trabaja con pueblos indígenas amazónicos, destacó Lidia Brito, directora de la oficina Regional de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) para América Latina y el Caribe, en su discurso de inauguración del taller global “Aplicación de los conocimientos indígenas en la prevención y gestión de riesgos ambientales” “Este tipo de colaboración, lamentablemente no es lo suficientemente común”, añadió la funcionaria,

Con el objetivo de crear un espacio para que los pueblos indígenas puedan intercambiar experiencias en un ambiente de respeto y reciprocidad, la UNESCO organizó el webinar con el FILAC. “Necesitamos aprender los unos de los otros, y trabajar juntos para enfrentar las incertidumbres y las complejidades de hoy”, explicó la directora.

“Los cambios ambientales están aumentando cada día. Las sociedades se están dando cuenta de que hay una relación clara entre los eventos climáticos extremos y el cambio climático. Sin embargo, no es simplemente un clima más cálido, sino también es más incierto. Hay cambios en la humedad, las sequías duran más, hay más lluvias, hay más inundaciones en lugares donde antes no

había. Los Pueblos Indígenas no solamente son los más afectados, sino, con frecuencia, son los primeros que se dan cuenta de los cambios en los ecosistemas”.

Este es el este escenario, en el que la UNESCO propicia el intercambio de conocimientos a través del diálogo de saberes, aprendizaje mutuo y reflexión.

Lo importante –añadió Brito– es enfrentar estos eventos. “Necesitamos concentrar esfuerzos, para garantizar que el conocimiento (ancestral) también pueda estar al servicio de nuestros países, de nuestro Estados, para mitigar y adaptarnos al cambio climático, pero también, para cambiar la forma en la que vemos el desarrollo. Necesitamos más que nunca las contribuciones de los Pueblos Indígenas, de las comunidades locales, y su conocimiento especializado, si es que efectivamente queremos desarrollar sistemas de conocimiento que sean sostenibles. En Naciones Unidas reconocemos a los guardianes de nuestro planeta y vemos que su conocimiento es crucial, válido, y una fuente confiable de información para enfrentar estos desafíos, así como para inspirarnos en la transformación de nuestra relación con la naturaleza y el mundo”.

“En Naciones Unidas reconocemos a los guardianes de nuestro planeta, y vemos que su conocimiento es crucial, válido, y una fuente confiable de información para enfrentar estos desafíos”.

Lidia Brito

Lidia Brito, directora de la oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Foto: Archivo UNESCO.



PREVISORES Y RESILIENTES, LOS NAGA COEXISTEN CON LOS DESASTRES

“Tenemos un mecanismo de resiliencia para contrarrestar los riesgos de la naturaleza, porque hay conocimiento sobre el entorno inmediato, (que) se basan en la capacidad de nuestros pueblos de percibir las señales que nos da la naturaleza”.
Atoho Jakhalu

Los techos están diseñados para alejar los vientos de alta velocidad. Foto: Gobierno del Estado de Nagaland.

El noreste de India es una de las regiones más biodiversas de ese país, con bosques tropicales y subtropicales, verdes valles surcados de arroyos y escarpadas montañas, pero es también una de las más vulnerables, condición que empeoran la deforestación y el cambio climático.

En este espacio geográfico se encuentra Nagaland, el estado donde habitan las tribus Naga; se calcula que el 85 % de sus 1,4 millones de habitantes dependen de la agricultura y viven en cientos de aldeas situadas en las cimas y en las laderas de las cadenas montañosas.

En el taller global organizado por el FILAC y la UNESCO, Atoho Jakhalu, director del Centro de Cambio Climático del Gobierno de Nagaland, presentó el caso de estudio Conocimiento Indígena en la Prevención y Gestión de Riesgos en el Noroeste de la India.

“Vengo de la tribu indígena Nagaland, y es uno de los 225 Pueblos Indígenas en la región noreste de India. ¿Qué es lo que hace que nuestro caso sea tan interesante? Es justamente, por el hecho que la región de noreste de India ha sido identificada como una de las más vulnerables de India y también por el hecho que la región está bajo también de un

punto importantísimo de biodiversidad y un problema que agrava esta vulnerabilidad es esta tendencia del aumento de la deforestación, la que a su vez ha empeorado aún más la vulnerabilidad de las comunidades montañosas al cambio climático”, con estas palabras Jakhalu comenzó su intervención.

El funcionario hizo un breve repaso de los cinco pilares de las milenarias prácticas de manejo de los recursos naturales del pueblo Naga y su adaptación climática, cuya base son su sistema de creencias y su comprensión del entorno, que se refleja en sus estructuras de Gobierno, en su arquitectura, en el uso de la tierra y en sus prácticas agrícolas.

El primer eje es su sistema de creencias, que da forma al entendimiento y percepción de la naturaleza y de sus riesgos, en cuya base se encuentra la convicción de que los sistemas naturales “están en cambio permanente y que los desastres naturales son inevitables”.

Por ello, “se han condicionado mental, física y socialmente para tener estructuras sociales y de gobierno que les permiten prepararse ante los desastres venideros”, dice Jakhalu.

El segundo es el uso los conocimientos técnicos ancestrales sobre el diseño y planificación de las aldeas. “La mayoría de nuestros pueblos están rodeados por árboles, ya que estamos en un área de vientos de alta velocidad, que actúan como una barrera y también evitan la erosión en las riberas”.

Antes de emprender cualquier construcción el proyecto es consultado con los ancianos de la tribu, depositarios del conocimiento de la topografía, de las montañas, el historial geográfico y la ecología del ambiente. Si se trata de edificar una casa, se sigue el modelo tradicional, adaptado para hacer frente a los vientos de alta velocidad, las abundantes precipitaciones pluviales y los fríos extremos que caracterizan a esta región.

Las viviendas tradicionales tienen techos de pronunciada pendiente cubiertos con fibras de palma de azúcar, que llegan hasta la mi-





tad de los muros exteriores. Esta disposición desvía el viento hacia la parte superior. “Este diseño, también nos ayuda contra las precipitaciones intensas, ya que hay menos área para que ingrese el agua”.

“Las paredes están colocadas de tal forma que nos protegen de los vientos fríos y las temperaturas heladas durante el invierno. Para que ingrese la luz natural, hay pequeñas aberturas en los techos” Lo mismo se aplica a la construcción de canales de desagüe.

El tercer pilar es la aplicación del conocimiento de las comunidades sobre el uso de la tierra y el aprovechamiento de los recursos naturales. “En los pueblos, se planifica cuidadosamente –de acuerdo al calendario estacional– las actividades agrícolas y forestales, tales como la caza, la recolección de madera, de leña y otros, ya que tienen un profundo entendimiento de cuándo es la época correcta para realizar todas estas actividades”.

El cuarto es crear conciencia sobre el riesgo de desastres, que se plasma en diferentes rituales, que son efectivos para reducir la vulnerabilidad de las aldeas. “Por ejemplo, antes de la temporada de incendios, se reúne toda la aldea frente a la casa de los jefes del pueblo y se les entrega unas tazas de bambú y empieza la ceremonia, que tiene como objetivo

crear conciencia sobre posibles incendios”. Los naga acuden llevando tallos de banana, por ejemplo, que dejan en el suelo.

“Esta práctica se utiliza para significar, que se pueden superar los fuegos y se puede estar por encima de estos, así cómo se pisan esos tallos”, dice Jakhalu.

El quinto, son los avisos que emite la naturaleza ante la inminencia de cualquier desastre a través de la flora, la fauna y otros fenómenos. Si la comunidad empieza a observar, por ejemplo, que hay poca lluvia o que se secan los manantiales en las montañas, es un indicador de la inminencia de una sequía, y, como mecanismo de prevención, comienzan a almacenar alimentos para enfrentar una posible escasez.

“Tenemos un mecanismo de resiliencia para contrarrestar los riesgos de la naturaleza, porque hay conocimiento sobre el entorno inmediato, y estos mecanismos, que apenas he mencionado, se basan en la capacidad de nuestros pueblos de percibir las señales, indicadores, que nos da la naturaleza”, agrega.

Es por ello que el Centro de Cambio Climático de Nagaland estudia estas complejas interacciones con el fin de adoptar una estrategia sobre acciones climáticas que recupere los conocimientos del pueblo Naga.

La aldea de Kisama en el Distrito Kohima. Foto: Gobierno del Estado de Nagaland.

VIVIR ENTRE HURACANES, LOS BIOINDICADORES QUE EMPLEA EL PUEBLO MISKITU

Todas las señales que ofrece la naturaleza son una suerte de alerta temprana que les permite a las comunidades tomar medidas, como la evacuación, para salvar vidas.

Resitro de la devastación que dejó el huracán Eta en la RAAN- Foto: Programa Mundial de Alimentos.

Las hormigas, las estrellas de mar, los cangrejos, las gaviotas y hasta los peces alertan a las comunidades del pueblo Miskitu asentado en la costa norte del mar Caribe, de la inminencia de fenómenos naturales potencialmente devastadores.

La Región Autónoma del Atlántico Norte de Nicaragua (RAAN) es un corredor de huracanes, maremotos, tormentas, depresiones tropicales, lluvias constantes, sequías y otros fenómenos naturales, que colocan a sus habitantes en situación de riesgo la mayor parte del año. En la costa Caribe Norte hay 17 territorios indígenas, en los que viven bayanos, miskitus y afrodescendientes

Cuatro autoridades indígenas –Ceferino Wilson; Nildo Amacio, presidente del gobierno territorial Tavira; Pablo Taylor presidente del Gobierno Territorial del Prinzu Auhya Un; y Moisés Paterson, secretario del Territorio Indígena Prinzu Auhya Un–, compartieron en el taller virtual Aplicación del Conocimientos Indígenas en la Prevención y Gestión de Riesgos Ambientales cuáles son los bioindicado-

res para predecir esos fenómenos naturales y evacuar las comunidades, de ser necesario.

Los cuatro, explicaron en qué consisten estas señales de la naturaleza, que aprendieron a leer gracias a sus abuelos. ; al hacer uso de la palabra no se identificaron.

“Cuando va a haber mal tiempo, tal vez una tormenta, un huracán o cualquier fenómeno natural, las aves migratorias, o las que viven mar adentro –como las gaviotas– empiezan a entrar a las comunidades”, y los buzos en alta mar perciben la formación de burbujas en el fondo del mar. “Eso nos da a entender que tenemos que buscar tierra firme”, dice el primero.

Los animales domésticos, el ganado y los caballos comienzan a congregarse en torno a las casas y a buscar lugares firmes, porque perciben que viene un huracán o un ciclón.

“En las comunidades vivimos en casas de madera construidas sobre pilotes (ante las inundaciones). Cuando las hormigas empiezan a subir a la casa significa que están buscando refugio y eso da a entender que van a haber inundaciones, va a haber mal tiempo”, agrega.

Cuando se acerca un huracán, en los cayos de esta región –que son pequeñas islas, con playas de baja profundidad, formadas sobre los arrecifes de coral y cubiertas de mangles– el agua del mar se repliega. “Eso significa que tenemos que salir y buscar tierra firme”, dice el segundo.

Cuando va a haber mal tiempo, las estrellas de mar, que viven pegadas a los mangles, emiten luz, pero cuando viene un huracán fuerte, esta es más intensa. Además, los cangrejos, salen a la superficie y permanecen en ella y los peces se juntan de dos en dos “boca a boca” y no se separan

Debajo del mar –agrega– las rocas y las corrientes “vienen dispersas de todos lados y son fuertes” y las gaviotas de noche no duer-



men y "vuelan por todos lados, toda la noche llorando y gritando".

Cuando un huracán está por tocar tierra –agrega el tercero– "no hay aire, el cielo se pone limpio y bien clarito. Todo es calmo, pero después de dos o tres horas remolinos y a quien encuentran se lo llevan y deshacen todo lo que encuentran".

Los gallos rompen su costumbre de cantar al alba y lo hacen en plena la noche anunciando "el cambio de tiempo" que se producirá al día siguiente, mientras los zopilotes, contra su costumbre, "vuelan altísimo". La posición del arco iris también ofrece información a quien sabe leer lo que dice. "Cuando está al este significa que va pasar el mal tiempo, pero cuando se pone al oeste significa que va a haber mal tiempo"

"Yo tengo experiencia, porque he visto como cuatro huracanes y he visto esas señales", asegura.

Estos conocimientos asociados a los cambios que se generan en el clima, en la tierra, en el agua, en los ríos, son mecanismos de prevención que usan los miskitos. "Son un mecanismo de alerta temprana que nos permite salvaguar-

dar las vidas y tomar medidas a tiempo", agrega otro integrante de este panel.

"Es muy importante mantener estos conocimientos, porque en comunidades donde no hay energía eléctrica, donde hay problemas de conectividad, estos mecanismos nos permiten tomar medidas independientemente que el Estado lo haga o no lo haga". Esto les ha permitido convivir con los huracanes con una cantidad mínima de fallecimientos.

Los dos últimos eventos catastróficos que pusieron a prueba la consistencia de estos conocimientos fueron los huracanes ETA e IOTA, que golpearon Centroamérica con vientos de 225 y 260 kilómetros por hora, respectivamente, en noviembre de 2020. Las comunidades de la RAAN fueron devastadas, pero no hubo muertos entre los indígenas miskitus. En Nicaragua la tragedia cobró la vida de más de 20 personas, según estimaciones oficiales..

El Gobierno de Nicaragua calculó de forma inicial que los daños y necesidades ocasionados por esos dos eventos ascendían a más de 742 millones de USD dólares estadounidenses.

Registro del daño ocasionado por el huracán IOTA en noviembre de 2020. Foto: Unicef Nicaragua.



WARU WARU, TECNOLOGÍA ANDINA PARA SALVAR COSECHAS DE HELADAS, INUNDACIONES Y SEQUÍAS

“Hoy en día los waru waru enfrentan una paulatina desaparición por los cambios sociales, a efectos de la globalización y la modernización”.

Cultivo de papa en waru warus, Puno.
Foto: Ministerio del Ambiente, Perú.

Waru waru es el nombre que los pobladores del altiplano puneño le dan a este sistema agroecológico ancestral; en Bolivia se la conoce como sukaqullus o camellones. Esta tecnología consiste en la construcción de terraplenes o camellones de tierra, separados por canales de agua artificiales, que generan un microclima y salvaguardan las cosechas de las heladas y sequías en las punas andinas de Perú, Bolivia y Ecuador, y de las inundaciones en la zona circunlacustre del lago Titicaca o las que están próximas a fuentes naturales de agua, como los ríos.

En el espejo acuífero se concentra la energía solar, lo que eleva la temperatura del agua de las zanjas, calor que se trasmite a las plataformas donde se encuentran los cultivos. Esta es su principal virtud.

Dante Quispe, líder aymara de la comunidad de Sisipa, localidad de Pomata, Perú, en la orilla sureste del lago, explicó en el taller virtual “Aplicación de los Conocimientos Indígenas en la Prevención y Gestión de Riesgos Ambientales”, organizado por la UNESCO y el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC),

en qué consisten y el riesgo que se cierne sobre ellos debido al gradual abandono de los saberes ancestrales.

Los waru waru están formados “por un sistema de canales y terraplenes, también llamados camas, en los que se siembra un cultivo. Los canales tienen la función de almacenar agua y, a la vez, de drenar este líquido en caso de inundaciones. La infraestructura es completada con champas –conjunto de raíces con tierra que forman una masa compacta–, y con piedras”.

“Su empleabilidad ha permitido enfrentar cambios climáticos, ha permitido enfrentar en ese sentido las sequías, las heladas, y las inundaciones que hoy las conocemos como riesgos ambientales”, dice Quispe.

Esta tecnología, que se encuentra ampliamente extendida entre quechuas y aymaras, les permitió por siglos desarrollar la actividad agrícola en condiciones climáticas adversas de las punas andinas, proclives a las heladas y a las periódicas sequías. En esta zona se produce papa, maíz de altura, haba, tarwi, trigo, quinua, cañahua y forraje para los animales.

“Las heladas repentinas que suelen presentarse durante la campaña agrícola, las sequías y las inundaciones por el exceso de lluvias de febrero, afectan directamente a la agricultura, y con ello, a la seguridad alimentaria de miles de familias”, sostiene Quispe.

¿Cómo ayudan los waru waru a enfrentar las heladas? La explicación científica, dice el panelista, ya está dada. “Los canales captan energía solar durante el día y en la noche, comienzan a ser soltadas esas energías o este calor para contrarrestar la disminución de. De esa forma, se va creando un espacio microclimático para proteger a la planta”.

En el caso de anegamientos, los canales artificiales drenan el agua que suele desbordarse de los ríos y del Titicaca, así disminuyen el impacto sobre el cultivo, y si se prevén las sequías, se construyen diques en algunos tra-





mos de los canales donde se acumula el líquido que permea la tierra de las plataformas.

Entre 1986 al 2001, las comunidades asentadas en el área del lago Titicaca, con apoyo y financiamiento público y privado, reconstruyeron alrededor de 4.460 hectáreas.

Sin embargo, en una evaluación efectuada en 2010, el gobierno de Perú, a través del Ministerio de Ambiente calculó que solo un 6 por ciento estaban en uso, el 20 por ciento estaba en descanso, según los comunarios, y el resto habrían sido nuevamente abandonados.

Esta realidad es corroborada por el dirigente aymara. Lamentablemente, dice Quispe, hoy en día los waru waru enfrentan una “paulatina desaparición” que él atribuye a “los cambios sociales, a efectos de la globalización y la modernización”. Extensas áreas cubiertas con esta tecnología, están en completo abandono, recalca.

El otro factor que contribuye a la desaparición de este sistema agroecológico prehispánico es la gradual desaparición del ayni, minga o minka, palabra con la que se nombra la prestación recíproca de mano de obra para infraestructuras o servicios comunales.

“Hasta donde me acuerdo, cuando era niño, será cuando tenía 10 años, las personas solíamos trabajar de forma colaborativa a través de la reciprocidad, a través del ayni, a través de la minka; se practicaba, el ‘hoy por mí mañana por ti’, de esa forma se disminuían los gastos, que en teoría se tendría que pagar a los jornaleros. Esto con el tiempo ha ido desapareciendo -como decía- ante los cambios sociales y ante el impacto de la globalización sobre nuestra sociedad”.

Para evitar que este conocimiento milenario se pierda, el dirigente llama a las comunidades a tomar conciencia de sus beneficios y a reutilizar esta tecnología para afrontar los efectos del cambio climático.

Pese a los factores y amenazas citadas, el dirigente de la comunidad Sisispa sostiene que todavía, se construye y se reconstruyen camellones y canales en las proximidades del lago Titicaca. “Aquí es donde más se suelen necesitar para enfrentar las inundaciones, de esa forma, se siguen transmitiendo los conocimientos a nuestras generaciones, pero con ciertos cambios (ajustes, como los sistemas de drenaje) que se han producido como parte de la dinámica cultural de nuestros pueblos originarios.

Un Waru Waru rehabilitado en Puno, Perú.
Foto: Ministerio de Ambiente de Perú

“Cuando tenía 10 años, las personas solíamos trabajar de forma colaborativa a través de la reciprocidad, a través del ayni, a través de la minka; lonque reducía los gastos”.
Dante Quispe.

“SEMBRAR BOSQUES PARA NACER AGUA”, LA EXPERIENCIA BORUCA

“Estamos ilusionando, entusiasmando a las mujeres para que entusiasme a sus familias, a los niños, a los hombres, a las abuelas, para que toda la comunidad se enamore de la idea de volver a vestir de verde a la Madre Tierra”.

Del proceso de restauración ecológica hoy participan niños, jóvenes y adultos de ambos sexos. Foto: SóCagrú.

“Una de las cosas más tristes de perder el bosque es perder la madera para construir nuestras casas; perdemos las plantas para la medicina tradicional, para la pintura de los textiles; perdemos las plantas comestibles que nos alimentan (...) Cuando ya no tenemos bosque, el espíritu del agua, el espíritu que nos cuida, se va alejando”.

Lourdes Fraser, del pueblo indígena Boruca, integrante del Foro Nacional de Mujeres Indígenas de Costa Rica, retrata con estas palabras lo que significa para su comunidad la tala de bosques enteros para dar paso al monocultivo y la ganadería intensiva.

“¿Cómo puede una mujer transmitirles a sus hijos cómo reconocer las plantas medicinales, ¿cómo reconocer las plantas para la arquitectura, las lianas con las que hacemos nuestros canastos, a conocer nuestras plantas comestibles, si el bosque ya ha sido talado?”

Fraser presentó la experiencia “Bosques para nacer agua” de la organización de mujeres SóCagrú en el taller global sobre los conocimientos indígenas y la prevención y gestión de desastres, que consiste en sembrar árboles para frenar la deforestación y devolver el equilibrio al ecosistema.

SóCagrú comenzó a sembrar árboles en 2019, cuando los monos comenzaron a llegar hasta la comunidad en busca de alimentos. “Robaban los pollitos y los huevos y la gente los mataba, vimos que era necesario hacer corredores biológicos” para que los animales tuvieran alimento.

“Vimos qué cuando hay árboles, nace el agua de los árboles, del musgo, de los troncos, y al nacer agua, los animales van a tomar agua”. Además, el bosque retiene las corrientes de aguas y es un defensivo natural contra las inundaciones.

Primero plantaron 500, luego 2 000. El gran salto se produjo entre 2020 y 2021, cuando la cifra subió a 24 mil., que fue posible gracias a la creación, primero, de un “santuario de semillas” para preservar las especies autóctonas y, después, un vivero.

Este paso les permitió regalar los plantines a otras familias para que “vayan haciendo bosque”, y vuelvan a vestir de verde a la naturaleza; para que siembren vida para los animales, los seres humanos.

Sin embargo, SóCagrú no se conformó con lo ya hecho y decidió involucrar a la comunidad en esta cruzada.

“Estamos integrando a niños de 9 y 10 años, a las madres, para que vayan con nosotros al bosque a recolectar semillas, a identificar las semillas y a los árboles, a conocer sus nombres en lengua indígena identificarlas; tenemos un grupo de niños que andan en esto; sembrando, identificando los olores, las plantas medicinales”.

Al ser Fraser integrante del Foro Nacional de Mujeres Indígenas, socializó esta experiencia a través del grupo de WhatsApp de la organización y pronto comenzó a recibir pedidos.

“Estamos ilusionando, entusiasmando a las mujeres para que entusiasme a sus familias, entusiasmen a los niños, entusiasmen a los hombres, a las abuelas, para que toda la comunidad se enamore de la idea de volver a vestir de verde a la Madre Tierra”.



LOS GESTORES COMUNITARIOS DEL FUEGO DEL PUEBLO INDÍGENA KOLLA TINKUNAKU

En julio 2020 se desató un voraz incendio forestal en el Incahuasi, un cerro sagrado para las familias del Pueblo Indígena Kolla Tinkunacu (CIPKT), asentado en Salta, Argentina que se extendió hasta septiembre; ante la tardía respuesta estatal, los comunarios se armaron palas y picos y detuvieron el avance del fuego allí donde habían fracasado los bomberos profesionales.

La base de su éxito fue el conocimiento del territorio, de las empinadas laderas, quebradas, de las sendas y caminos de la montaña, del clima y, sobre todo, de la dirección en la que soplan los vientos.

“En aquella época –recuerda Ceferino Zarate, quien compartió esta experiencia en el taller Aplicación de los conocimientos indígenas en la prevención y gestión de riesgos ambientales– hubo una enorme sequía, vientos y nevadas”.

Las llamas, cuyo origen aún se discute, se propagaron con facilidad por los resecos pastizales.

“Como primera medida, nosotros denunciarnos el incendio en foros específicos de la provincia, de la nación y a nivel local, solicitando apoyo de Bomberos y Defensa Civil (Subsecretaría de Defensa Civil de Salta.”.

Pero la ayuda tardó en llegar y, ya en el lugar, los bomberos profesionales se toparon con el desconocimiento de la topografía y de la dirección de los vientos.

“La comunidad tiene conocimiento del territorio, conoce los vientos, las temperaturas, el clima, pero sobre todo el territorio, que es de diversa topografía. Entonces, manejan los caminos, las laderas, los ríos, los pastos, también los fenómenos de choque de vientos y las nubes, que definen el clima en la zona”.

Con estos conocimientos, y palas y picos como único equipamiento, los kollas de las comunidades Los Naranjos y San Andrés pasaron a la acción directa y organizaron una patrulla para hacer cordones y cortar la maleza para detener el avance del fuego.

Los comunarios llegaron a lugares a los que las cuadrillas especializadas de bomberos no pudieron por lo empinado de las laderas del Incahuasi, lo que fue definitorio.

A partir de esta experiencia la comunidad debatió algunas iniciativas para estar preparada para futuros incendios, como la capacitación de sus brigadas ciudadanas, contar con equipamiento para el combate del fuego, información, mejora de las comunicaciones y la creación de puntos donde se pueda cargar agua.

En síntesis, desarrollar un enfoque del manejo del fuego para compartir sus conocimientos y lograr la capacitación técnica de estas cuadrillas comunitarias. “Muchas veces –como en este caso– el Estado llega tarde, por muchos motivos, nosotros queremos y deseamos esta capacitación”. Se calcula que las llamas arrasaron al menos 7.000 hectáreas de bosque.

Con sus conocimientos sobre la topografía, el clima, la dirección de los vientos y con palas y picos por todo equipamiento las comunidades Los Naranjos y San Andrés lograron cortar el avance de las llamas.

El incendio en el cerro Incahuasi Pueblo Kolla Tinkunaku (CIPKT),



“No solamente lo que se aprende en los aparatos, en los laboratorios, pueden ayudar a prevenir los desastres naturales, o atender los desastres naturales”.

Gabriel Muyuy,
secretario técnico del
FILAC. Foto de archivo
FILAC.

“NECESITAMOS FOMENTAR DIÁLOGOS

INTERCIENTÍFICOS E INTERCULTURALES DE SABERES”

¿Qué se puede rescatar de las cinco experiencias compartidas en el taller global Aplicación de los conocimientos indígenas en la prevención y gestión de riesgos ambientales para enfrentar el cambio climático y sus amenazas?

Primero, que “los conocimientos tradicionales de los Pueblos Indígenas tienen elementos esenciales para afrontar todos los cambios que trae consigo la crisis climática”, dice Gabriel Muyuy, secretario técnico del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC), quien cerró el evento coorganizado con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

La segunda lección –dice Muyuy, indígena inga, pueblo asentado en el sur de la amazonia colombiana, en Putumayu– es que los organismos internacionales y los gobiernos de la región, deben ayudar a los Pueblos Indígenas a fortalecer y rescatar sus conocimientos

para evitar que vayan cayendo en el olvido y terminen por desaparecer.

“Mientras iba escuchando las distintas presentaciones, estaba recordando mi infancia en mi comunidad; estaba recordando a mi abuelo paterno – quien se llamaba Pedro- que murió a la edad de 114 años; él nos enseñaba a interpretar lo que iba a pasar a través de los sueños, cómo interpretar el aullido de los perros, de los animales, cuando iba a haber un terremoto, un temblor”.

“Nuestros viejos y nosotros hemos ido perdiendo y debilitando la manera de interpretar los fenómenos naturales, se ha ido perdiendo el sentido profundo de interpretar los movimientos de la naturaleza”, agrega.

La tercera enseñanza que deja el taller, difundido a través de la plataforma Facebook Live, es la urgente necesidad de fomentar el diálogo de saberes.

“Creo que hoy más que nunca, tenemos el reto de revisar los sistemas de educación, necesitamos fomentar diálogos intercimentíficos, interculturales, diálogo de saberes. No solamente lo que se aprende en los aparatos, en los laboratorios, pueden ayudar a prevenir los desastres naturales, o atender los desastres naturales, como hemos escuchado, (sino), los sueños, los aullidos de nuestros animales, los ruidos de los bosques, los ruidos de los ríos”.

“La academia tiene que jugar un papel importante en estos procesos, necesitamos -repito recuperar, fortalecer los conocimientos tradicionales a través de estrategias políticas de diálogo intercimentíficos, intercultural. Los animo a que sigamos en esa ruta”.

